

Personajes al servicio de Ramón y Cajal (1901-1934): luces y sombras de sirvientas, chófer, conserje, secretaria-bibliotecaria y otros

S. Giménez-Roldán

Ex profesor jefe, Servicio de Neurología, Hospital General Universitario Gregorio Marañón, Madrid, España.

RESUMEN

Ramón y Cajal sobrellevó durante la mayor parte de su vida un modesto nivel económico. Cambió sensiblemente tras recibir el Premio Internacional de Moscú en 1900, la medalla de oro de Helmholtz, otorgada por los alemanes en 1905 y, especialmente, la concesión del Premio Nobel de Medicina y Fisiología, en 1906. Los ingresos le permitieron levantar un pequeño palacio, tener sirvientas para su cuidado así como adquirir un coche con chófer privado. La creación por iniciativa del Estado en 1901 del bien dotado Laboratorio de Investigaciones Biológicas incluía personal diverso bajo su dirección, como laborantes, un conserje o una bibliotecaria-secretaria. El objetivo del presente trabajo es investigar el posible papel que pudieron tener en la vida personal y en su trabajo el personal a cargo de Cajal. Entre los personajes más relevantes en este sentido se encuentran un conserje entrometido que jugó un papel clave en el desencuentro traumático entre Cajal y Pío del Río-Hortega, y la bibliotecaria y secretaria personal de Cajal quien, en sucesivas publicaciones en torno a la figura del Nobel, introdujo información no pertinente, sobresaliendo entre otros extremos la eliminación de parte de una fotografía con el propósito de ignorar al personal femenino del laboratorio.

PALABRAS CLAVE

Ramón y Cajal, sirvientas Isidora Ballano e Hilaria Melquinza, conserje Tomás García de la Torre, Enriqueta Lewy Rodríguez, bibliotecaria-secretaria

Introducción

Cajal vivió estrecheces económicas desde su infancia, como cuando comentaba “los increíbles sacrificios para descartar todo gasto superfluo” de su madre^{1(p30)} y los limitados ingresos de su padre como cirujano de segunda clase. Sería una constante en su vida: su boda con Silveria Fañanás, considerada una locura por sus padres, con el magro sueldo de 125 pesetas mensuales². En la Facultad de Medicina de San Carlos, en Madrid, Cajal entraba en la ínfima categoría de los “catedráticos de sótano”: húmedos y oscuros, ocupados por anatómicos, fisiólogos y patólogos; en suma, médicos sin enfermos. La modestia de su piso de alquiler por 16 duros al mes, fue criticada

como “impropia de la toga académica” por catedráticos coetáneos. Le impresionaban “los cochazos a la última y el hormigueo de aduladores”, comentando cómo “los pobres, en cambio, subíamos la áspera cuesta de Atocha, arrastrando gabanes raídos y casi prehistóricos”^{1(p480)} (figura 1).

Su economía aumentó con el prestigioso Premio Internacional de Moscú otorgado en 1900, en el XIII Congreso Internacional de Medicina de París. Representaba 6000 francos, presumiblemente en moneda francesa, “una cifra nada despreciable para un bolsillo exhausto”, comentaba don Santiago^{1(p596)}. Fue tras volver de Estados Unidos, “con el ánimo abatido”, cuando buscó una casa



Figura 1. Antigua Facultad de Medicina de San Carlos, en la calle Atocha, con lujosos coches aparcados a la puerta (c. 1900). Fuente: Banco de Imágenes de la Medicina Española, RANM.

con jardín: adquirió su “modesto cigarral de Amaniél”, en la calle Almansa, próximo a la glorieta de Cuatro Caminos, “en la que invirtió todos sus ahorros”³. La medalla de oro de Helmholtz, concedida en 1903 por la Academia Leopoldina Imperial de Alemania, completaría la buena racha económica. El reconocimiento internacional llevó al gobierno conservador de Francisco Silvela durante el reinado de la regente María Cristina de Habsburgo a proponer la creación del Laboratorio de Investigaciones Biológicas en Madrid, dotado con 80 000 pesetas para material de investigación e instalaciones^{1(p653)} (figura 2). Vendría a cumplir el sueño de toda una vida: abandonar la soledad de su laboratorio casero, formando un grupo de excepcionales discípulos que dieron talla universal a la Escuela Neurológica Española: Jorge Francisco Tello, Domingo Sánchez, Nicolás Achúcarro, Pedro Ramón y Cajal, Pío del Río-Hortega, Fernando de Castro y Rafael Lorente de Nó⁴, los siete magníficos de la histología hispana. En 1922, la relación de colaboradores había aumentado a una treintena, todos ellos remunerados con los correspondientes sueldos⁵. La Junta para Ampliación de Estudios (JAE) añadiría algunos más, como el neurólogo y psiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora, sin contar

aquellos que tras la Guerra Civil se vieron forzados al exilio, como P. del Río-Hortega, Dionisio Nieto, W. López Albo, e Isaac Costero^{6,7}.

Tras establecer la teoría neuronal, la ley de la polarización dinámica de la neurona y la organización histológica de numerosas estructuras neurales⁴, Cajal alcanzó la cúspide de su gloria el 25 de octubre de 1906, cuando el Real Instituto Carolino de Estocolmo le comunicó que había sido galardonado con el premio Nobel de Fisiología y Medicina. También “una aportación económica nada despreciable”: 23 000 duros traducidos a la moneda de la época que, inevitablemente, influirían en su estilo de vida. No volvería a ocupar modestos pisos de alquiler: en 1911, justo a la vuelta del Museo Nacional de Antropología, levantó un elegante palacete de tres pisos que un par de años después ocuparía con su esposa, algunos de sus hijos y la nueva servidumbre de la casa (figura 3A). Cajal lo habitaría durante 23 años, justo hasta el último día de su vida. Jubilado de su puesto en la universidad, con el fin de protegerse del calor, organizó en el sótano del edificio “la cueva”, como la llamaron sus discípulos, donde podría seguir trabajando⁸ (figura 3B).



Figura 2. A) Fachada del antiguo Laboratorio de Investigaciones Biológicas, en la calle Infanta Isabel de Madrid, antes Atocha 13. Una flecha señala la ventana del antiguo despacho de Cajal (foto del autor). B) Placa conmemorativa colocada en años recientes por el Ayuntamiento.

Un aspecto novedoso abordado en fechas recientes fue la incorporación de mujeres neurocientíficas que desarrollaron parte de sus carreras en el Laboratorio de Investigaciones Biológicas. No sólo como preparadoras o laborantes, sino en el caso de algunas de ellas, como la australiano-británica Laura Forster y la madrileña Manuela Serra, como investigadoras⁵. El caso de esta última fue excepcional, ya que en 1921 publicó en solitario sus hallazgos en la médula espinal de los anfibios mediante una variante del método de Bielschowsky, introducido por el propio Cajal. Pudo demostrar la presencia de microglía, mitosis astrocitaria y las “trompas perivasculares” descritas por Achúcarro⁹.

En este trabajo abordamos algunas personas que sirvieron en su magnífico palacete, como un ama de llaves, sirvientas, e incluso un chófer privado. También personal no investigador empleado en el Laboratorio de Investigaciones Biológicas, como una aprovechada bibliotecaria, un zafío y servil conserje y hasta un alimañero proveedor de pequeños animales para estudio. Fueron humildes en su mayoría, discutibles algunos, pero ninguno irrelevante. La historia con minúsculas de personajes menores que orbitaron en torno a Cajal con diferentes papeles y cuyo estudio ayuda a encajar interesantes aspectos de su vida que, de otro modo, no serían enteramente comprensibles.

Métodos

Excepto las obras publicadas por Enriqueta Lewy Rodríguez, quien fuera bibliotecaria y secretaria personal de Cajal en el Laboratorio de Investigaciones Biológicas^{10,11}, la mayoría de los datos aquí abordados se obtuvieron a partir de fuentes secundarias. La entrada del blog de Sánchez de Nieva, catedrático de Física y Química en la Junta de Andalucía en Sevilla, dedicada al Dr. José Fernández Turégano, jefe provincial de Sanidad en 1978, contiene datos poco conocidos de Enriqueta Lewy (www.ferrand.es). En 1918, los periodistas Luis Antón del Olmet y José de Torres Bernal llevaron a cabo probablemente la primera entrevista a Cajal, con el valor añadido de haber recogido detalles aportados por doña Silveria, esposa del histólogo, y el hijo de ambos, Jorge Ramón Fañanás¹².

El semanario cultural *Estampa* (1928-1935), con abundante material gráfico, fue muy popular en la época. Un artículo titulado “El veraneo de Ramón y Cajal” está ilustrado con imágenes inéditas¹³. *La Esfera, revista ilustrada* (1914-1931), otra publicación con abundantes imágenes, divulga una conocida fotografía de Cajal en su laboratorio¹⁴. Las referencias de César Juarros¹⁵ y Gonzalo Rodríguez Lafora¹⁶ son interesantes porque ambos frecuentaron el laboratorio de la calle

Atocha núm. 13. Si bien Cajal no hace mención de las personas objeto de este estudio en sus *Recuerdos de mi vida*, fueron revisadas sus 917 páginas en la edición de 2014 por Juan Antonio Fernández Santarén¹⁷. Aunque el llamado “conflicto” entre Ramón y Cajal y Pío del Río-Hortega había sido abordado por diversos autores^{18,19}, la versión de Riera-Palmero y J. del Río-Hortega²⁰ ofrece interesantes pinceladas del nefasto papel jugado por Tomás, el conserje del Laboratorio. Una fuente de información importante para el propósito de este estudio ha sido la revisión de los padrones municipales, entonces de obligado cumplimiento cada cuatro años, en los Archivos de la Villa de Madrid (de 1895 a 1930). En el *Epistolario*, de Juan Antonio Fernández Santarén¹⁷ pueden consultarse algunas cartas dirigidas por Cajal a su conserje Tomás García de la Torre.

Resultados

Isidora Ballano Ramos, la fiel ama de llaves

Además de dirigir los cuidados domésticos del palacete de la calle Alfonso XII núm. 64 (hoy, en el número 62), en el que convivía con la familia, Isidora, “Dora”, como se le conocía en el ámbito familiar, estuvo entregada a los cuidados del anciano histólogo al menos desde 1930 —de acuerdo con el padrón del Ayuntamiento de Madrid— hasta sus horas finales. Así lo hizo constar el gastroenterólogo Santiago Carro García (1889-1966), quien, de febrero a octubre de 1934, trataba a Cajal por intensas diarreas^{21,22}. Tres horas antes de fallecer, Cajal aún tuvo energías para escribir con mano temblorosa un postrero mensaje sobre el cerebro, “maravilla de la evolución” (*El Sol*, jueves, 18 de octubre de 1934). La hoja del calendario que colgaba en su cuarto marcaba la fecha de su muerte: era el 17 de octubre de 1934 y su hija Felina anotó la hora exacta en la mesilla de noche: “a las once menos cuarto”²³.

En el testamento dictado en 1927, Cajal legaba a Dora, su ama de llaves, la cantidad de 2500 pesetas. Ahora bien, con una sorprendente condición: “que permanezca soltera y siga prestándome sus servicios y asistencias hasta la última enfermedad”, agradecido sin duda por sus buenos oficios, además de asegurarse que seguiría bajo sus cuidados. Tendríamos que retrotraernos casi un siglo atrás para interpretar lo que hoy nos pareciera una imposición de todo punto abusiva. En el Código Civil actual, el artículo 793 dispone que “la condición absoluta de no contraer matrimonio se tendrá por no puesta, a menos que

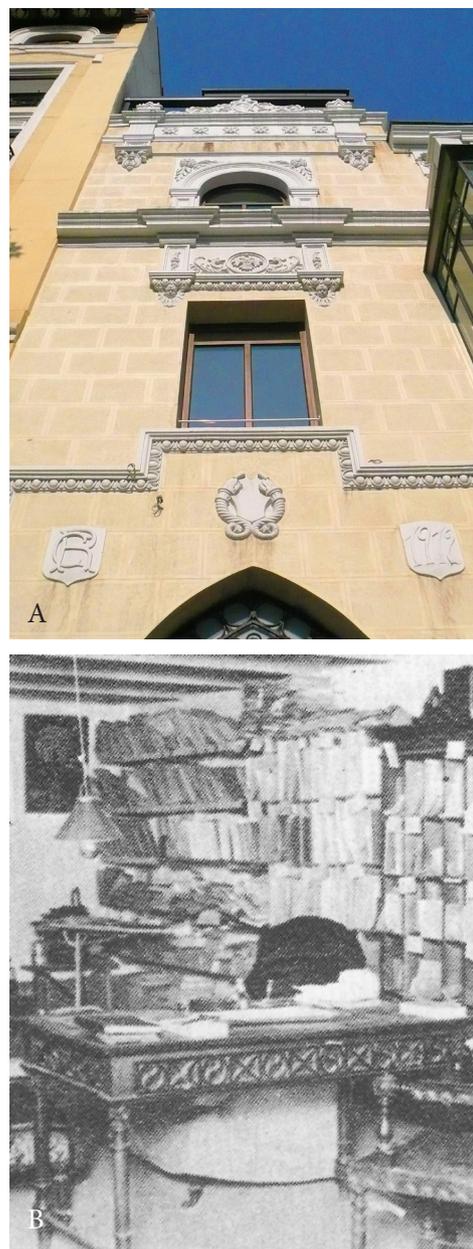


Figura 3. A) Imagen reciente del palacete Cajal, calle Alfonso XII 62 (antes, 64). B) Aspecto de “la cueva”, donde Cajal se afanaba en una actualización de su *Textura*⁸.

se trate del viudo o viuda” (libro III, título III, capítulo II, sección 4a). Dicho sencillamente, hoy día sería inoperante (comunicación personal de la jueza D.^a María Jesús Fernández de Benito, 24 de noviembre de 2022).

Fueron estas consideraciones las que llevaron a Cajal a modificar en 1931 la redacción de la cláusula sexta del

testamento. Dice así: “Lego, con cargo al tercio de libre disposición de mis bienes y en metálico, la cantidad de dos mil quinientas pesetas a mi doméstica Isidora Ballano, libres de todo gasto, si sigue prestando servicios y asistencia hasta mi fallecimiento”^{24,25}.

Una hipótesis: Hilaria Melquinza Ramos, tragedia en la vida de Cajal

Su tía Dora, cuyo segundo apellido era también Ramos, la había incorporado a la casa siendo aún adolescente tras venir desde el remoto pueblo de Anguita, en Guadalajara. Según el padrón municipal de 1930, ya se consigna que residía con su tía Dora en la calle Alfonso XII núm. 64. Cajal le llamaba cariñosamente “la pequeña” y le había otorgado un raro privilegio: sólo ella estaba autorizada a acceder a “la cueva” para su limpieza además de Fe, su hija mayor, que se había ido a vivir con su padre tras enviudar. Incluso le estaba vetado el paso a Enriqueta Lewy, quien “jamás puso un pie en el recinto”^{19(p149)}. La cueva consistía en una dependencia en los sótanos de la casa, junto a un patio interior ajardinado por el que entraba la luz, compensada por una bombilla protegida por una pantalla verde. Una escalera interior comunicaba con el primer piso donde Cajal había montado un laboratorio casero y guardaba su enorme biblioteca, “mi botica espiritual; allí encuentro antídotos contra la desesperanza, el dolor, la tristeza y el tedio” (María Ángeles Ramón y Cajal Junquera, comunicación personal, 2013) (figura 3B).

Achúcarro había diagnosticado a Cajal de arterioesclerosis cerebral incipiente tras ser consultado a causa de “insufribles cefalalgias”²⁶. Le sobrevenían cada tarde en el ambiente tórrido del café Gijón tras acaloradas discusiones con los tertulianos de costumbre. Vivió aterrorizado temiendo que fueran el preámbulo de una hemorragia fatal por “congestión cerebral”. Fue este un término científico popular en la época, suponiendo que excesos verbales, el estudio intenso o un ambiente caluroso incrementaban la temperatura del cerebro por vasodilatación, aparte de provocar sensación de ardor en la cabeza. Cajal estuvo convencido de este oscuro concepto. Así, en sus partidas de ajedrez veraniegas en Miraflores de la Sierra con el anatomista Federico Olóriz Aguilera (1855-1912) comenta: “Al atardecer, ahítos de lecturas y vibrantes con las peripecias del juego, solíamos descongestionar el cerebro paseando por la carretera”^{27,28}. Una fotografía de 1898 muestra a Cajal con dos de sus hijos veraneando en ese pueblo serrano^{28(p116)}.

El diagnóstico de arteriosclerosis cerebral, erróneo según criterios actuales, le cambió la vida. Abandonó su tertulia habitual buscando refugio en el lóbrego sótano del café La Elipa, junto a la iglesia de San José en la calle Alcalá. Cobijado en la cueva, Cajal se afanaba en la revisión de su *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*, “la obra de su vida”, que había sido publicada más de veinte años atrás^{29,30}. Con este fin, sus discípulos le habían conseguido en una tienda de libros usados un ejemplar de su *Textura* que, debidamente desencuadrado, le permitía ir intercalando hojas sueltas con notas y dibujos actualizados. El suelo solía quedar tapizado por sucesivas capas de cuartillas desechadas^{27(p222)}. Al lado de ello, el cada día más grueso volumen ocupaba las atestadas baldas sin mayor protección. El periodista Ballester Escalas cuenta una anécdota sobre “el subterráneo caldeado, donde el sabio se ha refugiado [...] y donde ha trasladado libros, microscopios y tubos de ensayo”. Otro periodista, en 1922, conociendo el rechazo de Cajal a ser entrevistado, se hace pasar por un alumno (a quienes jamás deniega un saludo). Dora, la vieja criada le conduce a la cueva. Hay un malentendido: Cajal entiende que le iba a dar “un sobre”, pero el falso estudiante se refería al “sobresaliente” con el que le había calificado. Tras una breve charla, Cajal cierra la luz y el sótano queda a oscuras: era la tacañería de doña Silveria la que le obligaba a ahorrar^{27(p212)}.

Les estaba prohibido el acceso a la cueva a todas las mujeres, incluidas Kety y Dora, pero en esta categoría no entraba “la pequeña” Hilaria, sobrina de Isidora, apenas una quinceañera, ni su hija Fe. Tenía encomendada la limpieza de la cueva, por lo general sembrada de cuartillas desechadas^{10(p149)}. Cajal se afanaba en actualizar “la obra de su vida” sobre lo que llevaba trabajando dos años, los tres volúmenes de *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados* y la traducción al francés (*Histologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés*) que había llevado a cabo su amigo Azoulay^{29,30}. Su hija Fe, años después, contaba a García Durán Alonso el inexplicable suceso: “La mayoría de las notas habían desaparecido sin que se pudiera explicar cómo se ha realizado la pérdida”^{3(p81)}. Posiblemente Hilaria, “la pequeña” —el cariñoso apelativo que usaba el dueño de la mansión—, se quedaría sorprendida cierto día en el que tuvo que barrer una cantidad descomunal de cuartillas sueltas. Una hipótesis que sugerimos en este trabajo es que la inexperta Hilaria, en su papel de limpiadora, pudo enviar a la basura aquellos papeles aparentemente

desechados (*La Voz*, 18 de octubre de 1934). No pudo sospechar las consecuencias que este hecho tuvo sobre Cajal, cabe que incluso acelerando su muerte. “Una de las pérdidas más grandes en la historia de la neurobiología”, se ha asegurado¹⁷. Reeditada en dos volúmenes por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas tuvo que esperar hasta el año 2013; claro está, sin los nuevos datos que Cajal hubiera añadido. En 1934, al filo de la muerte, Cajal envió una carta a José Ortega y Gasset. Dice así: “Yo sigo trabajando, pero siento demasiado el peso de mis ochenta y dos años y la fatiga de la memoria, la tragedia íntima que me sostiene insomne es la seguridad de que, dada mi decadencia, me será imposible reeditar mi obra sobre la estructura del sistema nervioso”¹⁷.

Marcos Vallejo, el chófer privado

El 19 de agosto de 1930, Cajal fue entrevistado por el periodista J. Díaz Morales en la revista *Estampa, revista gráfica y literaria de la actualidad española y mundial* (1928-1938). El artículo se titula “El veraneo de Ramón y Cajal consiste en pasar una hora todas las tardes en un café”, ilustrado con profusión de fotografías realizadas por Benítez Casaux y Díaz Palomo¹². Se jacta el reportero del desafío que le ha supuesto conseguirlo, conocido su carácter reservado. La entrevista tuvo lugar en el café La Elipa, en la calle Alcalá, núm. 45, donde Cajal pasa una hora todas las tardes. Marcos Vallejo, su chófer personal, le recoge puntualmente a las cinco de la tarde para devolverlo a casa “en el aborrecido artefacto burgués”, como había escrito el maestro. “He cambiado de café”, apunta Cajal, “porque aquí no se me molesta”. En efecto, ha abandonado el café del Prado, aproximadamente frente al Ateneo y con ello su habitual tertulia mantenida durante años. Ahora apenas hojea la prensa del día mientras toma su infusión diaria.

Una fotografía muestra a Marcos Vallejo, al que el reportero menciona como “simpático y comunicativo”, ayudando a nuestro sabio a descender del vehículo con ostensible dificultad, a sus 78 años. Al pie de página puede leerse: “Los años del glorioso anciano no han pasado en balde. Helo aquí descendiendo de su auto durante su paseo diario, ayudado por el chófer” (figura 4). Escribe el cronista que Cajal suele levantarse hacia las 12 de la mañana, además de echarse la siesta, una indiscreción por parte de Vallejo. Cajal responde lacónico con apenas monosílabos: “su mujer está muy enferma, ya no va a ningún sitio y no le gusta salir con los amigos”. Apenas nada más.



Figura 4. Marcos Vallejo Gordo, madrileño de 55 años, chófer privado de Cajal desde 1915. En la imagen, le ayuda a descender trabajosamente de un lujoso Buick de los años 30 (fotografía de J. Díaz Morales, *Estampa*, 1930).

Tomás García de la Torre, el conserje

Cuando el periodista Luis Antonio del Olmet, acompañado de un fotógrafo llamado Vandel, se acerca al Laboratorio de Investigaciones Biológicas con la intención de entrevistar a Cajal sabe que su misión es imposible: “No os acerquéis a Cajal para hacerle perder el tiempo. Os recibirá mal, muy mal, y pasareis un rato detestable”, les advirtieron. No contaban con el conserje Tomás García de la Torre, “comprensivo y simpático”, que se prestó a conseguir lo que Tello no fue capaz. Cajal se avino a contestar por escrito un pequeño cuestionario con su hijo Jorge Ramón como mediador. Incluso pudieron hablar en su domicilio con doña Silveria, esposa del maestro, quien justificó su rechazo “por el agobio al que le suelen someter los periodistas”¹².

Tomás García de la Torre era mutilado, más exactamente, manco¹⁹ y “conoce a Cajal desde hacía veintitantos años”¹². Es decir, se conocieron antes de 1901, cuando fue trasladado el Laboratorio al museo del doctor Velasco. Se ha puntualizado que “su relación con Cajal era muy estrecha desde la guerra de Cuba”⁵. Es posible



Figura 5. Fotografía tomada en la terraza superior del antiguo Museo Velasco. La mujer del centro a la izquierda corresponde a Carmen Serra laborante. De izquierda a derecha, se identifica a F. de Castro, J.F. Tello, una persona no identificada, S.R. Cajal, R. Lorente de Nó, L. Calderón y el conserje Tomás García de la Torre (flecha). Fotografía original dedicada perteneciente al Archivo Fernando de Castro (Censo-Guía de Archivos de España e Iberoamérica #ES.28079. AFC; Madrid, España), que desde 2017 ha sido incluido por la UNESCO en el programa Memory of the World International Register del Patrimonio de la Humanidad como parte de la inscripción “Archives of Santiago Ramón y Cajal and the Spanish Neurohistological School” (Collection ID: 2016-31)

que Tomás fuera su asistente, como el simpático alicantino que acompañó al teniente Cajal en la campaña por las llanuras de Urgell^{1(p280)}. O bien, conmitones empuñando sus Remington contra los mambises en la trocha de Vista Hermosa, Cuba¹, o simplemente cuando el teniente-médico le administró sulfato de quinina para la posible malaria del soldado Tomás.

Sea como fuere, Tomás se había hecho indispensable en el Laboratorio, por encima del mozo Manolo y el bedel Remartínez. “El infame conserje” y sus prerrogativas intocables, de las que Cajal no quería saber nada; “chulesco con sus subordinados, anécdotas con frecuencia eróticas, un pícaro”¹⁶. Basta advertir su posado prepotente junto a Cajal y su escuela, en la terraza del Museo Velasco —recostado en la pared, las manos en los bolsillos— (figura 5) o siguiendo las lecciones del maestro como un investigador más (figura 6). Pero también era el servil

Tomás “el chico de los recados” para Cajal: igual le enviaba a coger agua del manantial de La Fuentecilla —“la mejor de Madrid”, dice la canción— para sus preparaciones (figura 7), que le escribe desde Cercedilla para que el chófer le espere en la estación (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC, 7422), o vaya haciendo preparativos antes de su vuelta (CSIC, 7452-02)¹⁷. Incluso le pone como testigo en 1931, en un testamento otorgando a su hija Felina el cortijo de Las Peñicas, Alcantarilla, Murcia³¹.

Pero si Tomás García de la Torre pasó a la pequeña historia de las humanas miserias fue por su papel en “el conflicto” (César Aguirre de Viani, discípulo de don Fernando de Castro, prefería llamarlo “la intriga”)³. Se ha escrito mucho de ello y no corresponde aquí entrar en detalles: en suma, la ruptura de Cajal con Del Río-Hortega forzó a este último a marchar al laboratorio de la Residencia de



Figura 6. Cajal en el laboratorio: de izquierda a derecha, Gonzalo Rodríguez Lafora, Domingo Sánchez Sánchez, José Miguel Sacristán, Miguel Gayarre Espinal, Nicolás Achúcarro, Luis Rodríguez Illera y Juan de Dios Sacristán. Se les ha unido el conserje Tomás García de la Torre (flecha) junto a Jerónimo, mozo de autopsias (*La Esfera*, 1915; núm. 56, 24 de enero).

Estudiantes en 1920, sin dirección tras el fallecimiento de Nicolás Achúcarro dos años atrás^{16,18-19}. Valga aquí como colofón reproducir las palabras de Pío del Río-Hortega, víctima de la situación, sobre el conserje:

Era Tomás un hombre maduro, achulado y soez, inculto y malintencionado, que servía de amanuense de Cajal así en su casa o en el laboratorio. Un dogo terrible que enseñaba los dientes gruñendo o mordía a cualquiera que no fuese su dueño o al menos de la casa, pero sumiso y obediente a la voz de su amo o a las dádivas, que no aceptaba sino de soslayo, tendiendo apenas su mano solitaria —era manco—. Hacía constantemente la separación de cartas: “nosotros, ... ustedes...”. El laboratorio era su feudo y como señor entrababa y salía —sombrero puesto en invierno y chaqueta quitada en estío— silbando y canturreando sin importarle perturbarnos con sus ruidos descorteses que D. Santiago no oía por su

creciente sordera. La mayor parte del instrumental se consideraba por todos bienes comunes pero no así el material fungible que era guardado separadamente. Si pretendíamos usar algo que no hubiéramos adquirido, se interponía el conserje espectándonos que aquello “era del laboratorio”. Para Tomás, éramos unos huéspedes molestos que perturbábamos la paz que hubiera reinado si solo asistieran “al laboratorio” D. Santiago y D. Domingo Sánchez. Por ello, nos hacía la guerra solapadamente, no podría decirse si por propio impulso o por sugerencias bastardas.¹⁹

Es evidente que Tomás, el conserje, abusaba de la confianza que le había otorgado Cajal. “A veces le paraba un poco los pies, pero nada más”, dice Enriqueta Kety¹⁰. Falleció no mucho antes de quien fuera su jefe. Cuando el personal del laboratorio iba a su entierro, hay una significativa anécdota de Cajal, que les dice en tono burlón:



Figura 7. La Fuentecilla de la calle Alcalá, donde el conserje Tomás iba a recoger agua, famosa en la época por su pureza, para las preparaciones histológicas de Cajal (foto del autor).

“Bueno, vayan, pero con una condición: que se lo dejen allí para siempre”^{10(p139)}.

Vargas, el Ranero

Gitano de espeso y negro bigote, Vargas era el responsable de aportar pequeños animales para investigación. “Los animales para el laboratorio nos los suministraba un borrachín al que llamábamos “el Ranero”. Nos proveía de gatos y conejillas preñadas que robaba en los corrales”, recuerda en su vejez Enriqueta Lewy (*El País*, 9 de abril de 1996). Aparte de agenciarse perros y gatos callejeros, montó en el patio de su casa una pequeña colonia de ratones y cobayas, pingüe industria que ayudaba a criar su abundante prole. Se presentaba con tarjetas de visita en las que podía leerse: “Vargas, suministrador de animales y bichos de laboratorio”. Vargas, “el Ranero”, aportaba la nota colorista en el ambiente austero y silencioso del Laboratorio con quien gustaba don Santiago echar algu-

na que otra plática con su reconocida llaneza²⁷. Tiempo después, siguió aportando su mercancía al laboratorio de la Fundación Jiménez Díaz^{32(p302)}.

Enriqueta Lewy Rodríguez (1910-1996), bibliotecaria, secretaria y traductora

Sigfrido Lewy Herzberg, polaco de nacimiento y judío de religión, era conocido en el Madrid de preguerra como Federico. Estuvo casado con la vallisoletana Carmen Rodríguez Núñez, con la que tuvo tres hijas: Carmen, Irene y Enriqueta, esta última nacida en 1910, en la calle Fuencarral. Recibían una educación esmerada en el Colegio Alemán de Madrid. El fallecimiento de Sigfrido dejó a la madre, entonces con 33 años, en una precaria situación económica: se trasladaron a la calle Trafalgar y montaron una pensión. Irene comenzó aquí su relación con un huésped llamado César Falcon, periodista 15 años mayor que ella, recién expulsado de Perú como organizador del partido socialista local⁸. Pudo ser este el punto de partida para que las dos hermanas menores se convirtieran en entregadas militantes del Partido Comunista de España (PCE); salvo Carmen, apolítica, que fue encarcelada en la postguerra por referencia a sus hermanas) (www.ferrand.es).

El director del Colegio Alemán supo de la problemática economía de la familia Lewy y del interés de Cajal por encontrar quien le pudiera traducir artículos científicos en alemán. Irene, entonces con 15 años, entró al servicio del histólogo en 1922 con el sueldo mensual de 166 pesetas con 66 céntimos, pero tres años después se marchó a Londres con el periodista Falcón. Fue así como Kety entró en 1925 a formar parte del Laboratorio de Investigaciones Biológicas. Mecanografiaba la abundante correspondencia de Cajal^{10(p88)}, traducía algún artículo en alemán y, sobre todo, ordenaba la bien dotada biblioteca.

A punto de acabar la Guerra Civil, Enriqueta fue evacuada desde El Hondón, un aeropuerto en Monóvar, provincia de Alicante, donde un avión republicano la llevó a Francia. Fue una de los pocos privilegiados que pudieron escapar desde el aeródromo, junto con otros destacados miembros del PCE, como Juan Negrín, Dolores Ibárruri,

⁸La vida de Irene Carlota Berta (1907-1999), más conocida como Irene Falcón, fue descrita por ella misma en su libro *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, como secretaria de la dirigente comunista Dolores Ibárruri. Describe acontecimientos importantes en la historia de España. Hoy agotado, puede encontrarse en librerías de lance.

Rafael Alberti y Enrique Lister. Acusada de “agente estalinista”, fue expulsada del país vecino para recalcar en Rusia. Estuvo encargada de Radio España Independiente, “La Pirenaica”, que emitía desde Moscú propaganda antifranquista a partir de 1941 (figura 8). No sería su último destino, porque una de las habituales “purgas” estalinistas la llevó a China. Retornó a España en 1971 (www.ferrand.es), un exilio que se había prolongado durante 31 años.

Cuando apareció publicado en 1977 su libro *Así era Cajal*, Enriqueta era ya una mujer de 67 años. Trabajaba en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) como documentalista, supuestamente porque había sido nombrada “becaria” por Cajal con vistas a convertirla con el tiempo en funcionaria. La realidad es que fue rechazada por la JAE “por sus rústicos conocimientos”, como ella misma explica^{10(p131)}. En su libro, intercala opiniones junto a recuerdos de su propia vida, como los cumpleaños que celebraba el maestro con su equipo: “A los hombres, coñac; y a las mujeres, una copita de Marie Brizard, que no hace daño. Y tocinitos de cielo, que compraba en la pastelería de la calle del Pozo”. Comentarios irrelevantes, si no fuera porque reclama con ello su pertenencia a la escuela cajaliana.

En este primer libro de 1977 se entromete de manera abusiva en la vida personal de la familia. Como cuando comenta sus dificultades económicas (“incluso en cierta ocasión tuvieron que prescindir de su criada”)^{10(p36)} o considera a Cajal de manera impertinente “un hombre rudo de modales” cuando, invitado por Sherrington, visitó Londres: “Debido a que oreaba sus sábanas colgándolas de las ventanas, un policía se acercó para inquirir qué significaban aquellos pendones blancos. Se sorprendieron viéndole regatear en los elegantes almacenes de la ciudad”^{10(p55)}. Pero donde va más lejos la antigua bibliotecaria es cuando, con no poca frivolidad y aplomo, asegura que Cajal “tenía evidentes síntomas de envejecimiento prematuro”. Incluso dice que “las fotografías de entonces muestran ya la efigie de un anciano que debería estar retirado de todo esfuerzo cerebral”. Sigue así de manera acrítica el diagnóstico erróneo de Achúcarro de “arterioesclerosis cerebral” y el falso concepto en la época asegurando que “el esfuerzo intelectual es dañino para el sistema nervioso”^{10(p99)}.

Diez años después, en 1987, vuelve a publicar otro libro sobre Cajal, en buena medida copia de sus obras no histológicas. Extrae con pinceladas sesgadas lo que supues-



Figura 8. A) Foto familiar con Enriqueta Lewy Rodríguez (flecha), durante su estancia en la URSS, poco antes de su vuelta a España en 1971 (imagen: blog de Sánchez de Nieva Navas, 2017). B) Elaborada pose de Enriqueta Lewy para *Tribuna Médica* (1986), un semanario entonces distribuido gratuitamente entre los médicos, en la que simula leer abstraída *Recuerdos* ante un retrato de Cajal. En el pie de la foto (1987) reproduce la supuesta dedicatoria: “A Ketty (sic) con la más profunda simpatía, su jefe y compañero S. Ramon y Cajal” (itálicas por el autor). No se ha podido documentar la peculiar dedicatoria.



Figura 9. A) De izquierda a derecha aparecen en la fotografía la laborante Carmen Serra, José María Villaverde, Ramón y Cajal, Fernando de Castro y la secretaria Enriqueta Lewy. Fotografía original dedicada perteneciente al Archivo Fernando de Castro (Censo-Guía de Archivos de España e Iberoamérica #ES.28079.AFC; Madrid, España), que desde 2017 ha sido incluido por la UNESCO en el programa Memory of the World International Register del Patrimonio de la Humanidad como parte de la inscripción “Archives of Santiago Ramón y Cajal and the Spanish Neurohistological School” (Collection ID: 2016-31) B). Imagen trucada, publicada por Enriqueta Lewy en su libro de 1987 (p. 92), en la que se ha amputado la parte de la fotografía donde estaba Carmen Serra y el Dr. Villaverde.

tamente sería el pensamiento político del sabio acorde con su ideología comunista, “escudriñando —dice— en las ideas sociales del maestro”^{11(p21)} o bien definiéndole como “un obrero de la ciencia en su invariable postura social”^{11(p42)}. Refiere erróneamente que su tumba en el cementerio civil, “alineada a la de otros ilustres pensadores, no fue posible por carecer de espacio suficiente”; acepta que finalmente fue inhumado en La Almudena, junto a su esposa, ahora bien “sin presencia de símbolos oficiales y religiosos”^{11(p44)}. Se conoce que nunca visitó su sepulcro, a la sombra de una enorme cruz y un viejo ciprés.

“El lápiz”, una estatua de Cajal de tres metros de altura, hoy a la entrada del Aula Cajal en el Colegio de Médicos de Madrid, muestra las quebraduras infligidas durante los bombardeos de la Facultad de Medicina en la Guerra Civil²⁹. Enriqueta Lewy estuvo presente durante su inauguración, apenas un mes después de proclamarse la Segunda República Española (*El Sol*, 21 de mayo de 1931). Levantada por suscripción entre los estudiantes, el acto fue capitalizado por la Federación Universitaria Escolar (FUE), de filiación marxista³³. Siempre precavida en no dar pistas^{11(p14)}, falseó el significado de las siglas por otro

más pasable como “Unión Federal de Estudiantes Hispanos”.

Discusión

Conocida su sencillez en el trato, la relación de Cajal con sus empleados, fuera en su nueva casa de la calle Alfonso XII o en el angosto laboratorio del Museo Nacional de Antropología, fue siempre campechana. Correspondido por la fiel Isidora Ballano, “Dora”, alojada en su propio domicilio y entregada a su cuidado personal, incluso hasta el trance de la muerte. Tanto, que quiso Cajal recompensar su generosa entrega asignándole 2500 pesetas en su tercer testamento, bien es cierto que condicionadas a que permaneciera soltera, lo que pudiera considerarse abuso machista en nuestros días. Una nueva redacción en 1931 matizaba: “si sigue prestando servicios y asistencia hasta mi fallecimiento”^{25,31}.

“Sus últimos años fueron de amargura”, escribió su discípulo César Juarros^{15(p139)}. Angustiado por sus cefaleas y su insomnio, así como por “la honda depresión que le produjo la contienda de 1914, aquellas naciones modelo de Europa que se aniquilaban de manera atroz”. Alimen-

tado con kékfir o yogur búlgaro, esperaba que pudieran controlarse las rebeldes diarreas.

Sucede con cierta frecuencia que, por la avidez de algunos periodistas por indagar en la intimidad de celebridades, utilizan personas de su servicio. Fue este el caso de Marcos, el chófer, cuando deslizó indiscretamente que don Santiago se levantaba a las 12 de la mañana. Es conocido el insomnio rebelde que amargó sus últimos años y el escalado en las dosis de Veronal de Bayer a lo largo de la noche, explicando quizás sus cefalalgias y la agravación del trastorno del ánimo que le amargó sus últimos días²⁶.

Un recurso para sobrevivir en el Madrid del chabolismo de postguerra fue el de alimañero, proveedores de animales destinados a laboratorios de investigación. Fue el caso de Vargas “el Ranero”, quien encargaba a sus hijas mantener vivas con su calor las nuevas camadas de ratones. Recuerda al Muecas en la célebre novela *Tiempo de silencio* del psiquiatra Luis Martín Santos, ponderada como una de las mejores del siglo XX en España³⁴. En la novela, la cepa MNA de ratones que desarrollaban tumores malignos había sido importada de Illinois, EE UU, a precios prohibitivos. En la fría chabola, las hijas del Muecas mantenían junto a sus senos el calor apropiado para que los preciados ratoncitos se mantuvieran con vida. Probablemente el psiquiatra y escritor tuvo noticias del pintoresco Vargas cuando trabajaba en el Hospital Provincial de Madrid. De hecho, él mismo había publicado experimentos con ratones años atrás³⁵.

El ambiente del Laboratorio era tenso y el culpable más próximo era Tomás García de la Torre, el conserje. “Los discípulos directos de Cajal y los de Tello consideraban a don Pío un extraño al grupo”^{3(p140)}. Servil con el maestro, pero impertinente, soez y chulesco con los numerosos discípulos de don Pío (Isaac Costero, Jiménez de Asúa, Collado, Gallego, Sánchez Lucas, Vara López, Llombart, Pérez Lista y Ortiz Picón). Cancerbero feroz del material que consideraba “de nosotros” y displicente con el que consideraba “de ellos”. Paseaba sus maneras chulescas por el recinto como terreno propio: se arrimaba a los investigadores para escuchar las explicaciones del maestro, “como uno más”, o simplemente posando en la terraza del museo que dejará memoria del momento. Es imposible que Cajal desconociera las tensiones y desencuentros en la incómoda estancia, incluso a pesar de su sordera, permitiendo los excesos de su viejo conmitón. La ruptura entre Del Río-Hortega y Cajal terminó por llegar, incluso con malas palabras¹⁶. Se han publicado diferentes



Figura 10. Arriba: Enriqueta Lewy posando frente a la casa familiar de Cajal en Ayerbe, donde este pasó su infancia y parte de su juventud (1987, p. 164). Abajo: aspecto ruinoso del edificio, según una imagen tomada el 17 de junio de 2018 (foto del autor).

versiones de sus causas últimas²⁰ pero no es este el momento de volver sobre ello. En todo caso, don Pío se vio obligado a marchar a la Residencia del Pinar, en aquellos momentos sin una cabeza rectora desde el fallecimiento de Nicolás Achúcarro en 1918, donde se formaban alumnos becados por la JAE, en la práctica un anexo del Laboratorio de Atocha³⁶. Los dos sabios se congraciaron tras una larga conversación bajo la profunda bóveda del café La Elipa, junto a la iglesia de San José. Ya en el exilio, don Pío siguió considerándose discípulo y admirador del maestro³⁷.

Para un joven médico encontrar en el escaparate de La Casa del Libro, Gran Vía, núm. 29, una obra en pequeño formato titulada *Así era Cajal* representó una tentación irresistible. Nuestra promoción (1959-1965), cuando estudiantes, sólo había oído hablar de Ramón y Cajal en las clases de don Fernando de Castro, profesor de Histología, y por usar alguna edición algo más reciente de su *Manual de histología normal y técnica micrográfica* como libro de texto; se adquiría en una tienda *ad hoc* del SEU, el sindicato falangista. La asignatura tenía fama de ser una de las más duras de la carrera y don Fernando, entre los mejores catedráticos³⁸. Desconocíamos entonces el propósito enconado del Régimen por destruir la obra de Cajal y de su escuela³¹, apenas una parte de los 140 médicos depurados en la Facultad de Medicina de Madrid⁶.

Bien es cierto que, en fechas recientes, se empieza a cuestionar la obra de “la influyente bibliotecaria”, un “copia y pega” de la obra cajaliana, hagiográfica de sí misma y, sorprendentemente, ignorando las no pocas mujeres que trabajaban en el Laboratorio⁵, fuera como ilustradoras, laborantes o incluso originales investigadoras, como el caso de Manuela Serra⁹. En 1971, se había concedido la amnistía a numerosos presos, incluidos los de causa política, lo que presumiblemente animó a la vieja militante del PCE a retornar a España. Cuando publicó su primer libro, en 1977, el partido era ya legal desde el célebre “sábado de Gloria”, pero todavía recelaba de las viejas connivencias del antiguo Régimen con el Führer. Cautamente firma como “Enriqueta L. Rodríguez”, es decir, sólo con el apellido materno¹⁰.

Una década después, Lewy se atreve con un segundo libro¹¹, donde reproduce nuevamente *ad litteram* diversos escritos de Cajal. Tiene una diferencia con respecto al anterior: entresacando fuera de contexto algunas frases, insinúa que el pensamiento de Cajal bien pudiera estar no demasiado lejos de sus propias convicciones políti-

cas (blog de Sánchez de Nieva, entrada del 17 de julio de 2017). Desde el Servicio de Documentación Científica del CSIC, siguió publicando ocasionalmente algunos artículos monotemáticos, como “El Madrid de Cajal”³³ y otro de igual traza en la revista *Arbor*³⁹.

En sus publicaciones, es evidente que Enriqueta Lewy inserta repetidas falsedades, como cuando modifica por conveniencia el nombre de la organización estudiantil FUE³³. Quizás lo más llamativo sea la manipulación de la fotografía en la que originalmente aparece junto a Cajal y Fernando de Castro al lado de Carmen Serra y José María Villaverde Larraz, desaparecido en Madrid —su cadáver nunca fue hallado— durante la Guerra Civil (figura 9). Se corresponde con la fig. 3 de Giné et al.⁵, y la página 92 de su libro en 1987¹¹, donde ha amputado la parte izquierda, evitando la presencia de otra mujer en el Laboratorio. Por otro lado, no es frecuente que en un ensayo el autor inserte hasta tres fotografías de sí mismo. Así, en una foto de la casa familiar del ya doctor Justo Ramón Casasús, en Ayerbe, aprovechó para mostrarse ella misma en primer plano (figura 10). Otra imagen no menos significativa fue con motivo de la entrevista que le hizo *Tribuna Médica*, una revista entonces popular entre los facultativos, en la que monta toda una escenografía simulando estar concentrada leyendo *Recuerdos de mi vida* frente a una foto de gran tamaño del maestro (figura 8B).

“No hay libro que no tenga algo bueno”, se suele decir. Y también Enriqueta Lewy Rodríguez tuvo su mérito: dar a conocer al ciudadano medio, en un formato y lenguaje abordables, aspectos científicos y humanos de Cajal, por entonces casi un desconocido fuera del ambiente profesional. Y con ello, comenzar a hablar libremente de este español excepcional.

Agradecimientos

A la jueza D.^a María Jesús Fernández de Benito por su asesoramiento profesional sobre la donación testamentaria de Cajal en favor de Dora, su fiel sirvienta. A D.^a María Ángeles Langa, bibliotecaria jubilada del Instituto Cajal, por la imagen publicada en la figura 6.

Conflicto de intereses

El autor declara que no tiene ningún conflicto de interés.

Bibliografía

1. Ramón y Cajal S. Recuerdos de mi vida. En: Fernández Santarén J, ed. Clásicos de la Ciencia y Tecnología. 4ª ed.

- Barcelona: Editorial Crítica, S.L; 2015. [Ramón y Cajal S. *Recollections of my life*. Horne Craigie E, tr. Cambridge, (MA): The MIT Press; 1996].
2. López Piñero JM. Ramón y Cajal. Barcelona: Salvat Editores, S.A.; 1995.
 3. Aguirre de Viani C. Cajal y su escuela. Estudios de historia de la ciencia y técnica. Salamanca (ES): Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura; 2002.
 4. De Castro F. Cajal y la escuela neurológica española. Madrid: Universidad Complutense de Madrid; 2019.
 5. Giné E, Martínez C, Sanz C, Nombela C, de Castro F. The women neuroscientists in the Cajal School. *Front Neuroanat*. 2019;13:72.
 6. Otero Carvajal LE. La destrucción de la ciencia en España. Las consecuencias del triunfo militar de la España franquista. *Hist Comun Soc*. 2001;6:149-86.
 7. De Carlos JA, Pedraza M. Santiago Ramón y Cajal: the Cajal Institute and the Spanish Histological School. *Anat Rec*. 2014;297:1785-802.
 8. Giménez-Roldán S. Demolición del palacete Ramón y Cajal y los últimos años del premio Nobel: la historia dilapidada. *Neurosci Hist*. 2018;6:10-20.
 9. Nombela C, Giné E, de Castro F. Manuela Serra en la Escuela de Cajal, entre técnico de laboratorio y neurocientífica. *Neurosci Hist*. 2020;8:39-48.
 10. Rodríguez EL. Así era Cajal. Madrid: Espasa Libros; 1977.
 11. Lewy Rodríguez E. Santiago Ramón y Cajal. El hombre, el sabio y el pensador. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Extensión Científica y Acción Cultural; 1987.
 12. Antón del Olmet L, De Torres Bernal J. Cajal. Historia íntima y resumen científico del español más ilustre de su época. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo; 1918.
 13. Díaz Morales J. El veraneo de la gente conocida. El veraneo de Ramón y Cajal consiste en pasar una hora todas las tardes en un café. Estampa, revista gráfica y literaria de la actualidad española y mundial. 1930;136:9-11.
 14. Masip y Valls F. El doctor Ramón y Cajal. *La Esfera*. 1915;56:3.
 15. Juarros C. Ramón y Cajal: vida y milagros de un sabio. Madrid: Ediciones Nuestra Raza; 1935.
 16. Rodríguez Lafora G. Disgustos, peripecias y desengaños de Del Río Hortega. *Rev Esp Oncol*. 1965;12:45-50.
 17. Fernández Santarén J. Recuerdos de mi vida. Madrid: Editorial España; 2014.
 18. Ortiz Picón JM. Disidencia de Cajal con Río-Hortega a propósito del tercer elemento de los centros nerviosos. En: *Cinco ensayos históricos sobre biología*. Madrid: Editorial Garsi; 1988. p. 50.
 19. Del Río-Hortega J. The discoveries of microglia and oligodendroglia: Pío Del Río-Hortega and his relationships with Achúcarro and Cajal (1914-1934). *Neurosci Hist*. 2013;1:176-90.
 20. Riera Palmero J, Del Río-Hortega J. Pío Del Río-Hortega y la institucionalización de la ciencia española. En: *Español González L, Escribano JJ, Martínez García MA, coord. Actas del VIII Congreso de las Sociedad Española de la Historia de las Ciencias y de la Técnica*. Ene 2004. Universidad de Valladolid. Logroño (ES): Universidad de la Rioja; 2004. p. 161-200.
 21. Fernández Santarén JA. Santiago Ramón y Cajal: Epistolario. Madrid: La Esfera de los Libros; 2014.
 22. Carro S. Cajal, enfermo. *Gaceta Médica Española*. 1934;18:137-8.
 23. Mariño C. Los últimos testigos de la vida de Ramón y Cajal [Internet]. *El País*. 17 oct 1984 [consultado 1 ago 2023]. Disponible en: https://elpais.com/diario/1984/10/17/sociedad/466815602_850215.htm.
 24. Somolinos D'Ardois G. Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento. Ciudad de México: Editorial Cultura; 1952. Cajal a los ochenta años; p. 67-73.
 25. Durán Muñoz G, Alonso Burón F. Cajal, vida y obra. Tomo I. Madrid: Editorial Científico-Médica; 1983.
 26. Giménez Roldán S. Cajal's unbearable cephalalgias: the consequences of a misdiagnosis. *Rev Neurol (Paris)*. 2016;172:680-88.
 27. Laín Entralgo P, Albarracín A. Santiago Ramón y Cajal o la pasión de España. Barcelona: Editorial Labor; 1978.
 28. Alonso JR, De Carlos JA. Cajal. Un grito por la ciencia. Pamplona (ES): Next Door Publishers; 2018.
 29. Ramón y Cajal S. *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados (tres volúmenes)*. Madrid: Imprenta y Librería de Nicolás Moya; 1899-1904.
 30. Ramón y Cajal S. *Histologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés, traduite de l'espagnol par le Dr. L. Azoulay*. 2 vol. París: A. Maloine Éditeur; 1909, 1911.
 31. Viudas Camarasa A. Los testamentos del Nobel Santiago Ramón y Cajal y Silveria Fañanás García. *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*. 2018;26:135-94.
 32. Jiménez Casado M. Doctor Jiménez Díaz. Vida y obra. Madrid: Fundación Conchita de Rábago de Jiménez Díaz; 1993.
 33. Lewy Rodríguez E. El Madrid de Cajal. Madrid: Ayuntamiento, Delegación de Cultura, Instituto de Estudios Madrileños; 1985.
 34. Martín-Santos, R. Luis Martín-Santos and his contribution to psychiatry. *Hist Psychiatr*. 1995;6:253-63.
 35. Martín-Santos L. Vaguetomía experimental y el test de la ligadura del píloro en la rata. *Arch Med Exper*. 1948;11:127-44.
 36. Vera Sempere F. La producción científica de Pío del Río Hortega (1882-1945) y el laboratorio de la Residencia de Estudiantes. *Neurosci Hist*. 2022;10:126-44.
 37. Del Río Hortega P, Estable C. Ramón y Cajal. Homenaje en el décimo aniversario de su muerte. Montevideo: Institución Cultural del Uruguay; 1944.
 38. González Calvo M. Trío de ases: Oliveros, Castro y Jiménez Díaz. En: *Gómez Recio R, Giménez Roldán S, eds. Medio siglo de medicina española. Memorias de la promoción 1958/59-1965*. Santander (ES): Ediciones Tantín; 2017. p. 54-64.
 39. Lewy Rodríguez E. Santiago Ramón y Cajal "Praeceptor Mundi". *Arbor*. 1998;161:141-50.